

Alejandro Vicuña

Divagaciones preliminares (1)



A férrea mano de Octavio, el antiguo triunviro, convertido hoy en Señor único del Imperio Romano bajo el nombre de Augusto, mantiene el mundo en inalterable paz. Por algo, desde aquella lejana época, distante de nosotros mil novecientos cuarenta y cuatro años, cuando disfruta algún país de prolongada y fecunda tranquilidad, se dice de él que goza de *paz octaviana*.

Se cuenta Palestina entre las tierras favorecidas por la política inteligente y enérgica del Emperador Augusto. Desde años atrás vive y prospera, sometida a la vigilancia y protección de las águilas romanas.

Durante los quince siglos de su existencia, o sea, a partir de su nacimiento, como pueblo organizado a los pies del Sinaí, ha demostrado Israel una incapacidad política para gobernarse, sin parangón en los anales de la historia humana.

Raza heroica, inteligente, con sentido tan desarrollado de la moralidad como mezquino de la realidad, el pueblo hebreo parece despreciar los beneficios de la paz, e inclinarse morbosamente a saciar su sed de felicidad en la fuente de sus propias lágrimas y sangre.

Con excepción de los cuarenta años del reinado salomónico, una serie de revoluciones o reyertas con los pueblos vecinos.

(1) Prólogo de la obra «El Bautista», que aparecerá próximamente.

con sus inevitables consecuencias de miseria y esclavitud, forma la trama vital de ese país y de esa raza.

¿Cómo explicar tanto desorden, casi escribiría anarquía, en una sociedad como la hebrea, regida por el conjunto más sabio de leyes políticas y religiosas?

El *¿Quid leges sine moribus?* de los antiguos afluye espontáneamente para responder a tal interrogación.

En Israel, las costumbres fueron casi siempre contrarias a las leyes, siendo éste, precisamente, uno de los caracteres notables de su historia: un ideal magnífico y extravíos sin cuento.

Pero, en fin, tras la pesadilla quince veces secular de angustiosa agonía, Israel se halla en paz.

La mano severa de su Amo refrena los ímpetus de su carácter altivo y pendenciero, pero al mismo tiempo permite el desarrollo de las actividades honestas de ese pueblo inteligente y laborioso; respeta la conciencia religiosa de los habitantes, aunque con mirada águila vigila la conducta de la casta sacerdotal, acostumbrada a concentrar en sus manos los intereses espirituales y políticos de la nación, y nostálgica, por tanto, de las atribuciones y granjerías del gobierno secular, que le ha sido arrebatado por los romanos.

Exige el Amo Imperial a los vencidos un grueso tributo para el Erario romano, y otro tanto para costear los gastos de administración de su colonia palestina; pero, simultáneamente, otorga a los habitantes la seguridad para el trabajo y la garantía de que a nadie le será arrebatado el fruto de su esfuerzo.

Como consecuencia de tal política, florece extraordinario bienestar económico en Palestina, que se manifiesta en la creación de múltiples obras e instituciones, llamadas a satisfacer las necesidades materiales y culturales de la población. El mejoramiento de las viviendas y alimentación general corre parejas con la apertura de nuevas escuelas y sinagogas, y aún con la erección de monumentos suntuarios, totalmente ajenos al ca-

rácter y costumbres israelitas, como estadios, hipódromos y teatros.

Un acto reflejo de introspección, realizado posiblemente muchas veces aunque jamás confesado, permite a Israel convencerse de que sus destinos se salvaguardian mejor bajo la tutela extranjera que bajo la propia directiva, convicción dolorosa a que habrían debido llegar muchas colectividades en el curso de los siglos, siendo ella la base regeneradora de tantos pueblos desgraciados.

Cuando las condiciones geográficas de un territorio, el crecimiento desproporcionado de otros grupos humanos, o la incapacidad racial hacen imposible la autonomía de un país, es prudente aceptar, aunque sea en condiciones subalternas, la dirección de otros pueblos más favorecidos y mejor dotados por la naturaleza. Se benefician en tal forma, a costa de discutibles prejuicios patrióticos o raciales, los intereses indiscutiblemente superiores de la especie.

«Por precioso que sea para un grupo de hombres—he escrito quince años atrás, y no me arrepiento de ello—el disponer libremente de sus destinos y constituir una entidad independiente, es mil veces más precioso para el individuo el tener la libertad de conciencia, de pensamiento...

«Cuando un país no es capaz de proporcionar a sus habitantes un *mínimum* de bienestar material; cuando no es capaz de garantizar la vida contra pestes y enfermedades, que en otros países han sido victoriosamente combatidas con los recursos de la ciencia; cuando no es capaz de facilitar la producción y el comercio por medios que son de todos conocidos; y finalmente, cuando en vez de proteger la vida material y moral de los ciudadanos, los mantiene en una alternativa que oscila entre la esclavitud y la muerte; entonces—lo sostenemos abiertamente—es mil veces preferible que un poder ex-

« tranjero intervenga en defensa de los principios de humani-
« dad y civilización.

« Timbre de orgullo será tal vez poder decir: Yo soy vene-
« zolano, yo soy guatemalteco, yo soy nicaragüense: pero nos
« parece preferible y más digno poder exclamar: Yo soy un
« hombre libre y respetado en el país en que nací y vivo...

« Sin referirnos ya a las naciones que forman el *Continente*
« *enfermo*, y mirado más bien al viejo y civilizado continente
« ¿qué son actualmente las naciones de Europa oriental y pe-
« ninsular sino agrupaciones de hombres, que tienen el orgullo
« colectivo de llamarse naciones soberanas, pero la desgracia in-
« dividual de ser ciudadanos esclavos?

« Por tal motivo, en vista del fracaso de la libertad políti-
« ca en tantos países, mirando hacia la península asiática (1)
« desde esta lejana isla a donde nos arrojó una voluntad distin-
« ta de la nuestra (2) nos atrevemos a augurarle que el domi-
« nio de Inglaterra se prolongue aún por muchos años.

« Es mil veces preferible sufrir la ley severa pero ecuánime
« del poder inglés que las arbitrariedades de los Camisas Ro-
« jas, como Stalin, de los Camisas Negras, como Mussolini, o
« de las Casacas Entorchadas, como Pilsudki o Primo de Rivera.
« No vale la pena abandonar la protección de la toga inglesa,
« para ser aplastado en seguida por la planta herrada de algún
« tirano (3).

Pero, nos hemos alejado de Palestina.

Colocado Israel, como se diría en la jerga internacional de hoy, en calidad de estado *tampón* entre los formidables impe-

(1) Pertenece esta cita a mi libro *Entre Budistas y Brahmanes*, y estas observaciones son hechas a propósito de la posible independencia de la India.

(2) Hubiera sido un desucato nombrar al General Ibáñez, Dictador de Chile en esa época.

El libro fué publicado en 1929, habiendo tomado antes su autor la precaución de ausentarse del país.

(3) «Entre Budistas y Brahmanes», págs. 104-106.

rios del Egipto y la Asiria, y frente más tarde a las corrientes expansionistas de griegos y romanos, no podía sustraerse al destino de los débiles en presencia de los fuertes. Su altivez racial, por otra parte, y la conciencia nacional de su superioridad sobre los demás pueblos no le permitían descender al terreno de los pactos o compromisos internacionales, que hubieran facilitado la convivencia con sus peligrosos vecinos.

Pero hay otra circunstancia que favorece la tranquilidad y sumisión de Israel a su poderoso Amo. Sería demasiado optimismo aceptar que después de dos milenios había nacido en ese pueblo indomable y de *dura cerviz*, al decir de Jehová, el sentido de la realidad.

Seguía soñando Israel con su privilegio de pueblo escogido por Dios, y esperaba con indestructible confianza que dentro de breve plazo de tiempo se realizaría su liberación de los opresores, para asentarse después, y esta vez en forma definitiva, su hegemonía sobre todos los pueblos de la tierra. Creía inminente la venida del Mesías, cuya aparición, anunciada por patriarcas y profetas en el curso de dos mil años, estaba a punto de surgir en el horizonte del tiempo. Las semanas de Daniel tocaban a su término. Y tal mensajero del cielo acaudillaría al humillado pueblo de Dios, y de victoria en victoria, lo convertiría en señor de sus enemigos y árbitro entre las naciones del planeta.

El poderío romano, pues, tenía sus días contados, según la creencia universalmente extendida entre los ilusos israelitas.

En medio de esa euforia colectiva de los descendientes de Abraham, y coincidiendo con la aparición del Mesías, surge en el seno de Israel, Juan, llamado el Bautista. Cruza por el cielo palestino con la rapidez y brillo de fugaz meteoro, pero deja, no obstante, huella y recuerdo impercederos.

El mundo judío y cristiano reconocen en el hijo de Zaca-

rías a un espíritu excepcional, y le aclaman, empleando la frase de Jesús, como al más grande de los hijos de los hombres. «Entre los nacidos de mujeres—dijo el Maestro—no se levantó «nadie más grande que Juan Bautista» (1).

El entusiasmo de sus compatriotas llega hasta proclamar el carácter mesiánico de Juan, y son necesarias toda la lealtad y humildad de ese hombre veraz y sincero para renunciar a tal honor, y encauzar el fervor de las turbas hacia el reconocimiento del verdadero Mesías, Jesús de Nazareth.

El mundo cristiano asigna al Bautista un sitio excepcional junto al Redentor del género humano; y en el culto religioso de la nueva Era, después de la Virgen María, nadie alcanza homenajes más significativos que el Precursor de Jesús.

Sin referirme a las afirmaciones de la teología cristiana, que establecen la superioridad espiritual de Juan sobre el resto de los hombres, quiero hacer breve caudal de algunas manifestaciones puramente humanas de admiración y entusiasmo por el Bautista.

La arquitectura, la escultura y la pintura han rivalizado en el afán de glorificar al amigo de Cristo, y monumentos como las catedrales de Lyon y Génova o los bautisterios de Pisa y Florencia, atestiguan la veneración cristiana por el intrépido reformador. La inspiración de Rafael, Ticiano y Guido Reni; de Buonvicino, Boticelli y Palma Vecchio; de Murillo, Salaini, Memling y Granach, han buscado en la figura y actitudes del Bautista motivos para sus mejores ejecuciones artísticas, diseminadas hoy en los principales templos y muscos de la cristiandad.

Y para que nada faltase a la gloria del Apóstol del Jordán, algunos rasgos de su existencia, aunque deformados por ima-

(1) Mateo, XI, 11.

ginaciones enfermizas, han servido para inmortalizar literatos, como Flaubert o Wilde, o músicos como Strauss y Massenet (1).

La piedad de los creyentes, poderosos o humildes, ha reafirmado en el curso de los siglos su predilección por el Bautista, no existiendo santo alguno en el calendario cristiano, cuyo nombre y protección hayan sido más invocados por las madres en el bautismo de sus hijos: por las instituciones religiosas, en sus actas de fundación: por las órdenes militares o de caballería, como celestial patrono y jefe de sus tercios: por las cofradías, hermandades y gremios de artesanos, como socio número uno de tales comunidades. El nombre de Juan figura hasta en las sociedades secretas, y va asociado a fórmulas cabalísticas y sortilegios misteriosos.

¿Y cuánta secular leyenda no tiene relación con el recuerdo del Precursor, desde la flor de la higuera hasta las tradicionales hogueras de San Juan?

Alguien se preguntará, y no sin cierta razón: ¿Cómo hacer una biografía relativamente extensa de un personaje como Juan, cuyas actuaciones son reducidas, y respecto de las cuales no existen otras fuentes de información que breves frases de los Evangelios?

Aunque las proyecciones sobrenaturales de la vida de Juan, y el aspecto místico y ascético de su conducta y doctrina darían tema para múltiples reflexiones, omito en este trabajo tan

(1) En las obras mencionadas aparece un sentimiento de Salomé por el Bautista que constituye un simple capricho de sus autores. Creyendo seguramente aumentar el interés del público lector o espectador, suponen los escritores o músicos nombrados—y esto se destaca principalmente en el libreto de Millet y Cremona, con música de Massenet—que Salomé se halla apasionadamente enamorada del Bautista, quien no corresponde a la joven sino en el terreno del más puro idealismo. Cuando Juan es asesinado, Salomé se desvanece de impresión, y al volver en sí, intenta apuñalar a su madre, para vengar la muerte de su amado. Herodes impide a Salomé realizar su designio, y ésta, en medio de su desesperación, vuelve el puñal contra sí misma, y muere.

interesantes materias, para concretarme exclusivamente al rol histórico-racional del personaje. Y en tal terreno, a fin de dar realce a la figura de Juan y ubicarla en su propio ambiente, me explayo en las modalidades de la época y región donde vivió, describiendo con fidelidad los usos y costumbres, y analizando las instituciones, partidos políticos y sectas religiosas, que dividían a sus contemporáneos. Creo confortar al lector, advirtiéndole que escrupulosos y pacientes estudios, permiten garantizar la exactitud histórica hasta de los menores detalles consignados en esta narración.

Al entregar al público esta tercera biografía sobre tema hebreo, completo la trilogía que me había propuesto realizar con figuras sacadas del pueblo escogido por Dios. Corresponden los personajes analizados a tres momentos cumbres de la vida israelita. Moisés mece la cuna de Israel, en los instantes de asumir ese conglomerado humano la forma nacional; preside Salomón los días más brillantes del pueblo de Dios, y el Bautista, finalmente, encarna las inquietudes espirituales de la raza en el momento crucial de la venida del Mesías, y en vísperas de la dispersión a los cuatro fines de la tierra.

Esta trilogía hebrea y la romana, integrada por Cicerón, Horacio y Juvenal, constituyen, en mi estimación, los esfuerzos más serios y provechosos para la cultura general, en el conjunto de las doce biografías escritas por mí, y de las cuales ésta, dedicada al Bautista, será la última.

Al poner punto final a mis actividades biográficas, quiero estampar mi satisfacción por la benevolencia que han merecido ellas entre el público lector, y además, por haberme proporcionado la oportunidad de manifestar algunas verdades ingratas a nuestros medios social, político y moral. Por boca de los personajes analizados, llámense ellos Horacio o Juvenal, Crisóstomo o Savonarola, Bernardo o el Bautista, he criticado las actividades y vicios de una época como la nuestra, que todo lo tolera menos la verdad. Y quede constancia de mi gratitud a

tan egregios señores, cuya autoridad y respetabilidad me han servido de parapeto, a fin de salir indemne en la peligrosa tarea de denunciar y condenar los vicios y estupideces reinañtes.

En esta biografía del Bautista, como en las once anteriormente escritas, presentaré las ideas con un ropaje diáfano y sencillo. Siempre he creído más importantes los conceptos que las formas expresivas; y temeroso de sacrificar lo principal por lo secundario, lo trascendente por lo insignificante, desarrollaré la vida del Bautista en lenguaje pulcro, pero destituído de sospechosos adornos y demasías verbales.

Atrás, pues, los firuletes literarios; y a los críticos que lamenten ahora como en ocasiones anteriores la excesiva sobriedad de mi estilo, les vuelvo a recordar que en mis ensayos biográficos, destinados principalmente a la difusión de la cultura histórica, prima el espíritu de docencia sobre cualquier pretensión literaria, debiendo por tanto, adaptarse el lenguaje a la finalidad perseguida.

Me consuela, a propósito de la ausencia de galas en mi estilo, la cáustica frase de Bernard Shaw para justificar el preciosismo de uno de sus contemporáneos:

«Los monarcas cuerdos—dice el terrible anciano—visten trajes usados, y dejan la pasamanería de oro al tambor mayor» (1).

Para impresionar favorablemente al lector y apoderarse de él, tengo más fe en la influencia de un tema bien escogido y desarrollado luego con amor, que en los efectos de las acrobacias literarias.

Mateo Arnold y el insigne Pascal se encargan de abonar con el peso de su autoridad y talento el principio anteriormente enunciado.

«Todo depende del tema, escribe el primero; elegid una acción idónea, una acción grande y significativa; impregnaos

(1) Recuerdos de Oscar Wilde.

« de la situación; y una vez hecho esto, todo lo demás vendrá
« por sí solo, pues la expresión se halla subordinada al tema y
« es secundaria a él».

Y Pascal descubre en el estado afectivo del autor con relación a su tema la clave del éxito de un libro: «Si encontráis
« bien escrito el libro—anota el pensador francés—y al releer-
« lo, os da la impresión de fuerza, estad seguros de que su au-
« tor lo escribió de rodillas».

En el prólogo de esta biografía, última que escribiré, como lo tengo ya enunciado, quiero responder a una pregunta que me ha sido formulada por múltiples lectores.

¿Por qué—se me ha interrogado con frecuencia—no ha escogido Ud. personajes chilenos para sus biografías?

Aunque ciertas explicaciones suelen suscitar discrepancias, no por eso escatimaré la franqueza para satisfacer a quienes tal me han preguntado.

Destituído de imaginación, como casi todos los ejemplares de raza vasca, yo necesito del brillo y relieve del personaje biografiado para dar vida e interés a mi relato. Confío a la grandeza, simpatía y trascendencia del tema la tarea de suplir las múltiples deficiencias de mi temperamento de escritor.

Si alguna aceptación, pues, han alcanzado mis biografías en el ánimo de los lectores, más que a las condiciones del autor, débese ello al enorme interés de los personajes analizados, llámense ellos Cicerón, Horacio o Juvenal; Crisóstomo, Bernardo o Francisco de Sales; Savonarola, Cisneros o Inés de Suárez; Moisés o Salomón. El simple esbozo, aunque imperfecto, de tales ejemplares de la raza humana, realizado dentro de los ambientes en que vivieron, basta para apasionar al más insensible de los lectores.

No sucedería igual cosa, en mi sentir, con un tema escogido de nuestra vida criolla.

Nuestros hombres, sean ellos intelectuales u hombres de acción, carecen del brillo y relieve indispensables para ser sujetos de una biografía novelada, o simplemente animada. Falta de originalidad y colorido, intrascendentes en sus actividades, nada interesante han producido, y ha sido nula su influencia en la marcha general de los acontecimientos humanos. En una palabra, son perfectamente insustanciales y opacos.

Por otra parte, el escenario o ambiente, donde se desenvuelve la vida y actividades de los chilenos, es poco interesante para telón de fondo de una existencia novelada o animada.

Pasioncillas mezquinas, chatas, llámense ellas vanidad, espíritu de jactancia, plebeyas emulaciones; escaso sentido de la realidad, que se manifiesta ordinariamente en falta de precisión en las ideas y vaguedad en las aspiraciones y finalidades; ausencia de sobriedad en el lenguaje y actitudes; excesivo culto de lo exterior y falta de vida intensa; todo esto, y algunos otros factores convierten a nuestro medio ambiente en clima poco favorable para crear un escenario interesante y ubicar en él a un personaje.

Si a la opacidad y falta de relieve de los personajes y ambiente chilenos se añade la falta de imaginación del presunto animador de tan pobres elementos, se tendrá como resultante lógico un cuadro borroso y sin interés alguno.

Incapaz de convertir las piedras en pan o de hacer brotar de la roca corrientes de agua cristalina, he dejado, pues, para escritores mejores dotados la tarea de animar o novelar la vida de los próceres chilenos.

Al terminar estas divagaciones preliminares, en que poco se ha discurrecido sobre el personaje del libro y algo más sobre las modalidades biográficas del autor, cumplo con un deber gratísimo para mí.

Editada en el curso de doce años consecutivos (1933-1944) la docena de biografías de que soy autor, y siendo la presente, del Bautista, la postrer actividad de este género literario que yo ejerza, me siento obligado a hacer público mi sentimiento de gratitud hacia la Editorial de mis libros, la Librería Nascimento, y de modo especial hacia su Jefe, don Carlos George Nascimento, cuya colaboración eficaz y desinteresada, ha hecho posible la publicación y divulgación de estos libros, que algo habrán contribuído a incrementar la cultura general.